



BOLETÍN PARA NO OLVIDAR

PEDRO TORO

Esta es una recopilación de textos en torno a la memoria y los libero al finalizar el año 2023, momento en el que ya se cumplieron 50 años del Golpe de Estado de 1973 en Chile. Este tiempo ha estado cruzado por intentos de algunos sectores de justificar dicho suceso e incluso de relativizar las violaciones a los derechos humanos ocurridas desde esa fecha y en los años de dictadura. También es posterior a la revuelta social del 18 de Octubre del 2019, la cual hoy, ese mismo sector negacionista intenta criminalizar esa protesta popular, intentando comparar ambos eventos.

Mucho de estos relatos y poemas corresponden a hechos y sentimientos reales, cosas que me ocurrieron a mi o mi familia directa y también expongo algunos acontecimientos de la población. Mi pretensión es documentar de alguna forma la memoria y mi sentir, y no pretendo que esto sea un documento histórico o académico. De eso último hay bastante.

Dos de estos textos corresponde a resúmenes de cosas que ya había escrito para el libro "La niña en la higuera" y que relatan la historia de mi familia. Uno de ellos se transformó en pancarta que juntos con otros textos fueron pegados en paraderos de la comuna para su difusión, en conjunto al Círculo de Escritores de La Legua para conmemorar estas fechas. Otros textos de esta recopilación fueron escritos durante el 2023 para las distintas actividades que se realizaron a nivel país, entre ellas destaco las lecturas del colectivo la Poesía es Memoria donde pude compartir, conocer y apoyar a poetas de La Legua de varias comunas y regiones del país. Entre ellos a Víctor Hugo Castro y Fernando Castro quienes me inspiraron e impulsaron, y a Reinaldo Mendoza, Dilcia Mendoza y Juanita Gana quienes abrieron los espacios y me acompañaron. Agradezco a ellos y a muchos otros amigos, amigas y familia que no nombro en detalle, pero que siempre me acompañan a seguir creando, me ayudan a recordar y me cuentan sus historias.

Parte de este material también se leyó en plazas y conversatorios, en las calles de la población a viva voz y al lado del fuego la noche del 11 de septiembre del 2023. Agrego también, otros textos más extensos y que no tuve la oportunidad de compartir y otros más personales que creo que pueden ser parte de este Boletín para no olvidar.

Pedro Toro Concha
Octubre 2023

11 de septiembre 1973

En la tarde, casi a una hora después del toque de queda decretado por los golpistas, ya se habían escuchado muchas ráfagas cerca, sobre todo desde las industrias vecinas de La Legua. Lucía hablaba con su hijo Víctor dentro de la casa en voz baja, para no preocupar a nadie. Estaban en eso cuando vieron entrar por el callejón una columna de hombres y mujeres. Madre e hijo salieron al encuentro de ellos. Venían armados y eran civiles partidarios de Allende. Dos de ellos se acercaron, uno preguntó sobre la población y cómo podían llegar a la fábrica Sumar. Entre varios vecinos intentaron explicarles, pero finalmente los encaminaron en dirección a Sumar. Otro de ellos con acento extranjero se dirige a Lucía y Víctor, y les cuenta que tenían a una compañera herida que no podía seguir y les pregunta si la podían cuidar en la casa. Lucía accede. Víctor acompaña a la columna hasta las afueras de la parroquia San Cayetano, a varias calles de su casa y luego vuelve. Un poco más allá, en el corazón de La Legua Vieja, el grupo que había sido guiado se encontrarían y se enfrentaría con carabineros.

Un helicóptero sobrevolaba La Legua y sus alrededores, quizás era más de uno, no podían saberlo guarecidos dentro de

la casa, se escuchaban tiros que no se sabían bien desde donde provenían, el eco de las calles y los callejones hacían confundir el origen o es que, en realidad, venían de todas partes. La mujer herida ya estaba en la casa, era una nueva preocupación para todos, pero la asumieron como tal. Construyeron una historia rápidamente, le darían el nombre de Florinda Vásquez, y se transformaría en una prima que vivía en la población Juan Antonio Ríos, le indicaron algunas calles para que ella diera direcciones, en la eventualidad de un allanamiento o que alguien preguntara algo, estaban todos de acuerdo y coordinados. La mujer que cuidaron esos días no dejó nombres o si lo dejó nadie se acuerda, y aunque se acordaran, lo más probable es que haya sido un nombre falso. Se fue al día siguiente o al subsiguiente, difícil ponerse de acuerdo, pero en esos días largos de noches horribles, la vino a buscar un hombre en bicicleta.

VUELOS RASANTES

Domingo 16 de septiembre 1973

Esa mañana dos aviones despertaron a la población con sus turbinas en un vuelo rasante, dejando una estela de terror que invadió a las familias de La Legua, muchos se escondieron bajo sus camas y muebles, durante horas, rezaron y lloraron, protegieron a sus niños. No llegó el bombardeo, que incluso había sido anunciado por radio, de a poco salieron de sus escondites, pero eso no sería todo. Los perros con un incesante ladrido avisaban lo inevitable, por las esquinas de las calles doblaban camiones militares y tanquetas. Los soldados con fusil en mano, sus caras en la mayoría tristes, pintadas y asustadas, algunos reían con un sarcasmo fingido, otros parecían bajar la cabeza y esconder su mirada bajo los cascos, pocos parecían orgullosos. El vehículo se detuvo a mitad de la calle Venecia, casi fuera de la casa donde vivía un cura, se bajaron rápido, protegiéndose, mirando a todos lados. Llamaron a la puerta de la casa del cura a gritos, ya nadie podía ver mucho. Lucía y Víctor miraban por las ventanas. El muchacho había sacado a su hermano menor, horas antes de ese lugar, donde ahora estaban los militares. Anteriormente el cura, con algunos jóvenes voluntarios del sector, habían preparado ese lugar para dar primeros auxilios a posibles heridos, pusieron una bandera de la Cruz roja, se preparaban para el posible bombardeo que nunca llegó.

Los soldados irrumpieron en la casa, y con voces violentas lanzaron garabatos como balas. Sacaron a los jóvenes a la calle a puntas de culatazos y patadas, todos con las manos en la cabeza, casi ninguno había cumplido la mayoría de edad, el cura no estaba. Los militares no dejaban que los muchachos los miraran a los ojos, debían bajar la vista. Un sargento sacó el yatagán de su cintura, lo empuñó y agarró a uno de los jóvenes que usaba el pelo largo, casi hasta los hombros, tomó un mechón y le cortó el pelo aserruchando con el cuchillo; mientras le decía algo al oído, tres machetazos más, y tomó a otro joven y siguió en lo mismo, buscó nuevamente entre ellos, empujando enfurecido repitió la acción, los más pequeños lloraban. Algunos soldados imitaron al suboficial. Una niña del pasaje que estaba en el grupo logró ser salvada por su madre, gritándoles a los soldados que ellos estaban de parte del golpe y que no era justo, porque ellos no tenían nada que ver, ellos eran “demócratas” y “cristianos”.

Lucía lloraba tras la ventana.



Ilustración de Bandurria para acompañar el relato anterior que se pegaron en paraderos de la comuna. Trabajo colectivo del Círculo de escritores de La Legua y editorial Arttegrama.

RUIDOS

Yo dormía en la misma pieza que mi hermano, pero en ese minuto no dormíamos. Era una mañana de verano muy calurosa, quizás las diez. Él, todavía acostado, tocaba su guitarra que le habían regalado hace poco, esa guitarra hecha a mano en la cárcel, se supone que no sonaba muy bien, pero mi hermano le sacaba buenas sonidos y canciones. Cantaba bajito como tateando. El ruido de nuestro televisor IRT en blanco y negro se mezclaba con sus canciones y una pelea de gatos en el techo hacía retumbar las latas. Nuestra pieza, como caja acústica, amplificaba el sonido de los zincs chocando entre sí y de los rugidos, chillidos y llantos de los animalejos allá arriba. Hacía un calor intenso, más que lo tibio de las sábanas, yo creo que ya eran las once de la mañana. Yo dormitaba destapado, escuchando la televisión y a mi hermano.

Un bullicio escuché afuera, abrí los ojos y me di vuelta como para escuchar mejor, me quedé viendo la televisión, pero con mis oídos atentos al ruido extraño. Nuestra madre se paseó por enfrente de nosotros con una escoba en sus manos, pasó en un sentido barriendo y luego en el otro. Luego limpió con un paño húmedo la tele, mientras yo todavía la veía. La bulla en la calle se seguía escuchando, nuestra casa no era muy grande y las paredes de tablas no eran buen aislante del ruido exterior, así que, podíamos escuchar sin mucho esfuerzo gente en la calle gritando, no sabía qué. Por el eco que se producía en los

pasajes, tampoco podíamos adivinar desde que calle provenía el ruido, si desde el frente de nuestra casa o la calle que estaba atrás. Ese día, como todo domingo, debía estar instalada la feria en la avenida principal, así que el ruido podía venir de los vecinos con sus carros o carretones de manos, oxidados y chillones, arrastrándose por los pavimentos carcomidos del pasaje, o quizás los mismos pregones de la feria libre. Me seguía pareciendo extraño el ruido, mi hermano seguía con su guitarra y la televisión daba aburridos programas culturales.

El ruido afuera creció, mientras estaba tratando de adivinar el origen del ruido, haciendo a un lado los otros sonidos, mi madre volvió a entrar a la habitación. Bajó el volumen de la tele y dejó la mano en la perilla, le hizo un gesto a mi hermano para que silenciara su guitarra. El paró de golpe su instrumento y se quedó en silencio. El ruido que provenía de la calle se escuchaba ahora más nítido. Ella, mi madre, escuchó atenta algunos segundos, se dirigió lento al patio dejando bajo el volumen. Mi hermano y yo nos miramos entre la semioscuridad de la habitación, se escucharon sonidos de tabla atrás en el patio, donde estaba ahora mi madre, y ahora sí, muy claros se podían escuchar varios gritos de mujeres desesperadas, no tenían nada que ver con el mundo de la feria, se escucharon dos tiros al aire, fuertes y secos, seguidos por un motor acelerando y varios perros ladraban. Yo estaba asustado y me tapé hasta arriba. Mi madre asomó la cabeza desde la puerta que daba al patio y nos dijo con un gesto que nos quedáramos ahí. Unos segundos después entró a la pieza y le dijo a mi hermano que se acostara conmigo, mi hermano de un salto dejó su guitarra apoyada en la pared y se acostó a mi lado. Un muchacho en calzoncillos entró apresurado a nuestra

habitación, alto como mi hermano mayor, me pareció reconocerlo, mi madre le ordenó —Acuéstate ahí — apuntando a la cama de mi hermano. El joven se acostó, se tapó y no dijo nada, yo miré y tampoco dije nada, mi hermano tampoco. Mi madre entró a la habitación otra vez, dio el volumen al televisor y tomó nuevamente la escoba.

Un instante después, mientras yo ya me había entusiasmado con los dibujos animados que daban en el televisor, mi hermano estaba inquieto, yo no sabía muy bien donde estaba mi madre, pero en eso minuto, vi pasar por frente de mi cama a dos tipos adultos: uno vestía una chaqueta de cuero gastado, jeans, lentes oscuros, su pelo liso y peinado a un lado, llevaba un brazalete de verde fluorescente en el brazo, caminaba a paso normal sin apuro por enfrente de mi cama, algo llevaba en la mano que escondía. Yo no lo conocía, no lo había visto nunca. Atrás, el otro sujeto, venía algo más apurado, no alcancé a ver los detalles en él. Sus rostros eran serios, parcos y solo miraba hacia adelante.

Después de unos minutos, quizás fue más tiempo, no me acuerdo bien, pero entró otra vez mi madre a la habitación y dijo —Ya negrito, váyase para su casa—. En ese minuto lo terminé de reconocer como un vecino de la calle de atrás, de la edad de mi hermano, unos quince años. No era un muchacho de escuela, su vida era la calle, yo no pregunté nada en ese momento.

Después que se fue, haciendo sonar otra vez las tablas del patio de atrás, sonaron una vez más las planchas de zinc del techo, esta vez eran pasos apresurados, unos segundos después

reventaron el silencio otros dos tiros al aire. Mi madre se sentó un instante en la cama, respiró profundo pasó su mano por el frente y luego por la nuca, mi hermano volvió a su cama, ya no tomó la guitarra en esa mañana y yo me levanté.

Febrero 2012

¡Qué sabí tú, si no habíai naci'o!

Me dicen

Bueno, respondo yo,
pero hice memoria con mi mamá
que embarazada se levantó el 11 a trabajar
otras cosas me las contó mi abuela
que se agarró con un paco
y escondió a una compañera herida en la casa de Venecia.

De niño vi cómo nos encerrábamos con cadenas en las puertas
mientras los tanques allanaban las casas del fondo.

Y vi como los tipos con brazaletes de la CNI
se llevaban a los vecinos...

La gente gritaba afuera...yo me acuerdo.

Lo corroboraron algunos,
lo desmintieron otros.

Y luego me hablaron los libros,
los viejos libros que se sentaban en las cunetas.

Conversé con los muros de mi población
que acostumbran a gritar

Hablé con las puertas, con los cables
con los árboles mutilados
hasta los gorriones, que son choros
saben lo que pasó
¿Cómo no voy a saber yo?

Vi rostros y nombres en las murallas
Vi siluetas y la pregunta
¿Dónde están?
Lo vi una y otra vez, cada mañana al desayuno
y en la tarde después de almuerzo
al lado de un cartel donde dice "Hay Pan".

Conversé con las calles y los ladrillos

Leí las caras, las arrugas y las palabras
escuché las voces temblorosas.

Leí el reflejo de las letras en sus ojos
cuando ellos leían las cartas del extranjero.

Cuando escuchaban las grabaciones de cassettes
que venían desde el exilio.

Coleccioné las estampillas de los saludos de navidad
que venían de lejos.

Escuché a Víctor por los callejones
y le pregunté 100 cosas
algunas me las respondía,
a veces se demoraba,
pero me respondía.

Hablé con los desaparecidos
y pensé en la prisión muchas veces
le temí a la tortura,
y ahora le temo al olvido.

Vi panfletos y lienzos en las calles
boletines y obras de teatros,
compré documentales clandestinos en el persa bío-bío.

¡Cuánta cosa que uno hace por recordar lo que nunca ha
vivido!

Hay que defender la memoria
como una trinchera, pensé.
Más bien y ahora que me acuerdo,
eso me lo enseñó mi madre
que hoy le teme al Alzheimer.

La gente se está yendo.
Me voy a ir yendo, dicen los viejos
Y se van po'.

Agosto 2023

POEMA INCOMPLETO

A Eugenia Martínez y su madre Irma Hernández *

Nos falta un pedazo
no sé si es de corazón o de guata.
Es una no respuesta
A una pregunta de medio siglo.

Una respuesta para las madres
que vieron muchas veces los ojos de sus hijos hijas
que tomaban su leche de la mama
mientras ellas acariciaban sus cejas con el pulgar
y hoy ya no saben dónde más buscar,
a quien más preguntar
y no saben ¿Dónde están?

Nos falta una respuesta a las hijas
que esperan a su padre entrar por la puerta
ya de vuelta de la jornada extenuante
para colgarse de sus hombros
o para que le ayude con la tarea.

Una respuesta a la compañera que espera,
militante del desvelo y la impaciencia
combatiente de la soledad y el pánico
una respuesta a la compañera que lucha
por llevar el pan de la once y el desayuno
mientras recuerda las manos
de quién sigue amando
y que se le aparece en los sueños
y despierta con más dolor.

Una respuesta a los hijos que esperan a su madre,
que no termina de entender la vida sin saber
¿Dónde está?
Que se remecan con la incertidumbre muerte
de quien les dio la vida.

Nos faltan pedazos
de vidas truncadas
de historias mutiladas
jóvenes inconclusos.

No estamos todos.

Nuestra población está llena de almas
y muchas casas son animitas
que recuerda el espacio,
las carcajadas y las esperanzas
de los que no llegaron de vuelta.

Nos falta un pedazo,
que hoy está lleno de dolor,
rebalsado de mentiras y omisiones.
Intentamos llenar lo faltante
con pinturas de sus rostros en los muros
con siluetas,
con gritos,
con poemas y canciones.

Pero nos faltan esos retazos,
nos faltan
cómo notas en una melodía
cómo versos de esta poesía
nos falta saber dónde están.

Nos faltan esos versos.
discúlpenme, pero
este poema nunca estará completo
no se puede terminar,
falta saber dónde están.

Septiembre 2023



**Eugenia del Carmen Martínez Hernández, pobladora de Legua emergencia y obrera textil, participó de la toma de su empresa y luego del Golpe de Estado fue entregada por sus patrones a la DINA. Detenida desaparecida desde el 24 de octubre de 1974 hasta hoy. Su madre, Irma Hernández también vecina de Legua*

Emergencia vivió hasta sus últimos días esperando y luchando por encontrar a su hija.

TANQUES AL DESAYUNO

Ese día en la mañana mi papá estaba con nosotros, yo estaba contento y algo extrañado, a esa hora mi padre debería estar trabajando, pero la puerta que daba a la calle estaba cerrada, encadenada por dentro, como nunca. Poníamos una cadena por fuera, cuando salíamos, pero cuando estábamos dentro nunca estaba cerrado, nunca cerrábamos, solo la puerta del jardín estaba cerrada con candado, pero ahora que me acuerdo, en esos años todavía no teníamos puerta en el jardín.

Se sentía ruido afuera, perros ladrando y vehículos. Algunos gritos se colaban por entre las murallas de tablas. Mi padre tomaba desayuno en la mesa de la cocina con nosotros, él se había duchado hace poco, hacía frío y la taza de té humeaba en la cocina. Todavía había olor a pan tostado.

—¿Qué pasa? — pregunté por lo que me acuerdo.

—Andan los milicos afuera— me respondió mi mamá—
Tú papi no va a salir hoy.

Solo me acuerdo de eso. Siempre me acuerdo de eso. No sé ni cuantos años tenía, pero eran pocos. No dijeron nada más o la verdad no me acuerdo de nada más.

Yo me acuerdo, que me imaginaba tanques y tanquetas en las calles. Militares con las caras pintadas, me acuerdo en otras ocasiones haberles visto de esa forma, pero esa vez no vi nada, solo me las imaginaba, quizás en realidad no pasaba nada, pero la puerta encadenada y la cara de mi padre me decía que sí pasaba algo. A ratos me imaginaba o quizás solo mezclo los recuerdos y no era mi imaginación, pero creo imaginar a varios sujetos que fusil en mano y brazalete verde en el brazo, con lentes oscuros saltaba de la parte de atrás de una camioneta roja, rápido se metían a una de las casas y se llevaban a un hombre, mientras su mujer gritaba desesperada y se llenaba de saliva su boca y sus ojos de lágrimas y daba formidables y roncós gritos que desgarraban su garganta.

No me acuerdo de que yo sintiera miedo en esos años, tampoco me preguntaba mucho, ni tampoco le preguntaba a alguien, finalmente yo vivía mi infancia y mi inocencia, pero el recuerdo no se borró hasta esta fecha en la que escribo. Lo escribo para contarlo, porque la verdad creo que estas imágenes no se borrarán. Algún día quizás se terminen mezclando con imágenes vistas, imaginadas, contadas, pero no se borrarán. Quizá ya están mezcladas.

Tengo poco recuerdo de mi padre, este es uno de los pocos, por eso tengo la certeza que es verdad. Ahora que escribo, creo saber un poco más de lo que viví en esos tiempos.

agosto 2012



Ilustración de Bandurria para el cuento Tanques al Desayuno, realizado especialmente para esta edición de Boletín para no olvidar 2023.

LA MÚSICA DE LAS TAREAS

La guitarra sonaba despacio y como a lo lejos. El menor copiaba la materia del borrador al cuaderno de historia; le habían dictado horas en la escuela y debía estar al día. El mayor un poco más allá tocaba la guitarra y ocupaba un cuaderno donde leía las letras de las canciones, con todo y notas, marcadas con un desatacador verde fluorescente. Los estremece una turba de gatos que pelean en los techos de lata de la vieja casa, al menor le parecieron cientos los gatos, los dos se distrajeron un rato con el bullicio felino. Miraron el techo como si pudieran ver a través del cielo raso o si pudieran escuchar mejor. Los arpegios acompañaban más que cualquier canal de televisión. Repasar la materia del colegio, mientras escuchaban canciones urgentes de Playa Girón, de sueños de serpientes, de amor y revolución. Entraba por los oídos las letras sumadas a las notas, con acordes de la voz que acostumbrado imitaban inconscientes, mientras el lápiz pasta se desplazaba rápido y siempre con buena letra por el cuaderno de historia y luego el de castellano. Se mezclaban las oraciones de la tarea con las letras de las canciones y escribía notas, como comas y acordes como puntos.

Una cuerda mancha la hoja con lápices de colores. Mientras el tibio sol de marzo aparece y toca con suavidad el patio de la casa.

La habitación era de madera, las casas estaban todas juntas sin ninguna separación entre ellas. Las paredes, de tablas retorcidas por la humedad y el sol, guardaban el trabajo de cientos de hombres y mujeres, que las construyeron en el pasado. A pulso, a martillo y serrucho. El techo de zinc y forrado por dentro con plumavit, parecía débil, endeble y frío. Toda la casa parecía débil, lo eran. Lo son.

Junio 2011

SEPTIEMBRE 88

Eran decenas de paracaídas que venían desde el cielo azul de septiembre, daban ganas de bajar del techo y correr hacia donde cayeran, pero al parecer siempre caen más lejos de lo que uno piensa, la avioneta bombardeaba el cielo con juguetes o mensajes. Yo estaba arriba del techo, en el cuarto de atrás, donde mi papá había tenido un taller de calzado. Al techo le faltaba varias planchas y me gustaba subir entre el empalizado a mirar los otros techos, me gustaba mirar las “comi” de esas fechas, esperaba algún volantín cortado, que pasara el hilo cerca. Nunca pude encumbrar un volantín de forma decente, nunca tuve la paciencia. El viento nunca fue mi aliado, bueno era más bien lo lerdo que podía ser para ese tipo de cosas. Porque me acuerdo que tampoco fui bueno para las bolitas, para el trompo, para la pelota, etc. Me gustaba subir a lo que quedaba de techo e imaginariamente apostaba al mejor volantín según sus colores y esperaba que pasara la tarde.

Esa tarde una avioneta nos bombardeaba con pequeños paracaídas, quería correr para pillar uno, como corrían los niños por los techos por agarrar un volantín cortado. Mi madre y las vecinas gritaban a los más pelusones, cabros claramente más choros que yo, que eran capaces de correr, moviendo y quebrando algunos pizarreños, techos que se lloverían en el siguiente invierno. Les importaba bien poco lo que dijeran las

viejas, sin ninguna culpa y cero conciencias, se morían de risa burlesca después de sus pillerías.

Los paracaídas volaban ahora lejos, caerían más allá del parque quizás, ya no tenía ganas de correr detrás de ellos, pero tuve ganas de tener uno.

A esa hora el sol bajaba entre las casas de la Emergencia, los volantines se elevaban siempre, casi siempre, hacia el noroeste y tenían que sortear los cables y árboles para llegar arriba. Costaban algunas monedas, pero agarrar uno que había sido cortado en competencia parecía ser más valioso. Ahora si venía con hilo curado mejor aún.

Ya había perdido la curiosidad por los paracaídas. No me interesaba lo que traían, no me interesaba nada. Bajaría, pero ahora para ir a juntarme con mis amigos, a un par de cuadras de mí casa.

Allá estaban ellos, mirando como los más grandes “curaban” hilo. Ya habían aporreado un tarro con unos pedazos de tubos fluorescentes que habían molido y lo habían echado dentro, lo habían machacado hasta hacer polvo de vidrio. El tarro retorcido, plano casi, no dejaba ver ninguna partícula de vidrio. La cola caliente humeaba en una pequeña cacerola vieja y el dueño del hilo pasaba una punta a través de un corcho de garrafa. Otro de los grandes, el “Sordo” Pato, intentaba sacar el vidrio molido desde la lata.

Algunos de mis amigos corrieron a las “pescas”, un “pavo” de los grandes iba cortado y caería supuestamente en el callejón de Venecia, aunque siempre pasaban de largo y terminaban en las industrias del callejón, pero igual entretenía correr y quizá pescar el hilo y agarrar el volantín en vuelo.

Ya de vuelta se volvieron a instalar a mirar el proceso de la “cura”. Miraban mientras tiraban tallas y se burlaban de algo o de alguien, apoyado en la muralla, uno al lado del otro. El ovillo de hilo estaba dentro de la olla, impregnándose de la cola, atrás venia otro de los grandes con el corcho sacando el exceso de pegamento y más atrás el dueño del hilo, llevaba en sus manos un cartón, con el vidrio molido. Al hilo le quedaban adheridas pequeñas partículas de vidrio por el pegamento, y lo enrollaban entre dos árboles a la distancia de unos buenos metros. Varias vueltas se dieron entre los árboles, parando cada cierto tiempo, para ver los resultados, para arreglar el vidrio, para mirar la cola o el ovillo. Dieron muchas vueltas, eran muchas yardas de hilo, varias vueltas ante la atenta mirada de nosotros los más chicos.

Un niño, más chico aún, jugaba con un volantín de plástico. Nunca fueron buenos los volantines de plástico, ni con mucho estampado, ni con muchos colores, los mejores eran de papel volantín y con buenos maderos. El volantín decía “NO” y tenía un arcoíris de colores, no lo pudieron elevar el niño y su padre, solo ganó unos metros desde el suelo, luego se aburrieron o se rompió.

Desde el callejón venían los de Colchero, “los cochinos” les decíamos. Uno de ellos traía un paracaídas de esos que habían soltado desde la avioneta, el niño venía arrastrando el juguete, pasaron por el lado nuestro, no dijeron nada, eran menos que nosotros esta vez. Yo miré atentamente y el paracaídas decía con letras azules “Si” con una estrella como punto de la “i” y de él colgaba una bolsa de arena. No medía más de medio metro. Pensé que yo puedo hacer uno de esos.

La campaña del “Si” me molestaba. Me molestaba más, desde que mi madre había hecho tapar las consignas del “No” que mi hermano mayor había escrito en la muralla de nuestra pieza. La había hecho tapar no sin antes sermonear a mi hermano. Retándolo y advirtiéndole que no podía escribir esas cosas en la casa. ¿Qué pasaría si entran los pacos a la casa, le preguntaba ella? Y mi hermano la miraba y no contestaba.

Nos bombardearon con juguetes cuando éramos niños y queríamos jugar. Esa tarde era septiembre, era once de septiembre y nos entraríamos temprano.

Agosto 2012

NIDOS

*a los conspiradores y traicioneros gringos
(y de cualquier otro origen o nacionalidad)*

I

Cuatro puntas, bolas en blanco y negro / figuras repetidas en la mente como bombas cayendo de un bombardero en Vietnam / figuras cuadradas entronchadas como cuerdas atando manos / con columnas de mentiras amarillas enlozadas en cerámicos, colgadas de los quioscos / todo decorado de latas afiladas en óxidos oscuros / sonora con mantras metálicos con ecos de maderas / como cuando las balas atraviesan las pieles y huesos / todo frío, todo azul morado congelados ocres / tierras negras sangres terracotas / rieles ferroviarios salados por el mar.

Derrames de escombros bombardeados de Hiroshima / iluminadas con semáforos rojos luciérnagas borrosas manchadas de tierra, aglomeradas viscosas / radioactivos átomos como piojos en las plumas de la nidada pasada / alambres de púas de Guantánamo / vendas llenas de terror / tiras de trajes naranjos de presos arrestados secuestrados cegados, separados de sus familias / tiras anaranjadas remojadas en lágrimas, orina y sudor / camas electrificadas.

Así es tu nido el que construiste, sedicioso altanero ignorante / criarás a tus hijos con la sangre que sembraste.



Playas sucias de sangres de delfines oscuros / sangre plástica
baba blanca...

Atrapados los ríos, electrocutados los peces

Declaración de minera multinacional - mentira

¿Cuánto más? Mentiras.

Este es tu país

No hay más patriota/ no hay más patria

No hay más nación, ni tampoco noción del daño

¿Cuántos años?

Desde los viejos de antaño que revientas los campos

Los fuegos, las aguas, el aire

¿Cuántos más quieren tener?

III

A los nuestros.

Cuanto quisiera yo poder durar
para verte hijo en el futuro caminar
Cuando revienten los pavimentos, las porfiadas hierbas
prohibidas
Cuando los colores marchen frente a los palacios
Cuando el sol cada mañana suspenda las hojas estáticas en el
aire tibio
Suspendidas en olor a tierra mojada.

Ahora todavía no ganamos, pero a mí no me comió el silencio
la indiferencia quedó arrinconada
la verdad se aburrió que la escondieran tras el tiempo
y salió a caminar entre las masas de los futuros cercanos.

Ya se rindió lo perpetuo, ahora hay que trabajar.
Sé que ellos no ganarán, por eso es que debemos estar
para romper los nidos de seres funestos,
para gritar los gritos de la verdad- vida
en los bosques, el mar y también la ciudad
donde hayan oídos que deban escuchar.

**Texto para una lectura sobre la operación Cóndor, marzo 2016.*

PARA LEER EN VOZ ALTA

¿Cómo salir de la profunda tristeza del recuerdo?
No lo sé.

Las cáscaras del tiempo pesan
Se quiebran y pesan.

Toda cicatriz es recuerdo del pasado.

Habrá que preguntarles a quienes han perdido mucho
y siguen luchando día a día.
No me atrevo a preguntarles
quizá probar sus zapatos
a mí me aprietan los botones de los puños
de solo mirarlos,
sumarse y abrazar sus causas, quizá
conocer también a aquellos que no están,
saber de aquellos que no pudieron sostener
en sus corazones el recuerdo
y decidieron acompañar las partidas,
decir sus nombres,
escribirlos en las murallas,
llevarlos en la solapa,
seguir otro viaje
observar sin juzgar
pensar, sentir.
No soy quien.

¿Habrá estado en Londres 38?
¿Cómo superar la pérdida?
¿Se supera algo así?
Dicen que pasó por la Venda Sexy
Tengo una colección de preguntas
cada una más afilada que la otra,
pero las guardo en el bolsillo de mi camisa
junto al latido...

¿Dónde?

Prefiero llevar el vacío de respuestas
que abrir heridas con palabras
que no sanan.
Ya llegará el momento de hablar,
si es necesario.

La Justicia que tarda no es justa.
Vuelvo a la rabia y a la pena
¿Cómo se sale de este espiral?

Quizá construir un carnaval
en el pecho, en la mitad del corazón,
llenar de colores las calles
volar dentro del espejo
o prender otra vez el fuego,
gritar consignas
rezar en silencio,
escribir carteles y lienzos
mirar a los ojos mientras cantamos
enamorarnos sinceramente, quizá,
vivir sueños y luego,
seguir soñando,
pintar un mural con los amigos
correr detrás de un volantín otra vez,
pero ¡quién soy yo para dar solución!

Bailar, reír, cantar
hablar y crear
cómo respuesta al miedo.
Recordar una y otra vez,
vivir profundamente,
Intensamente.

Golpear una olla,
meter ruido,
levantar una revuelta.

Caminar y abrir caminos
crear y estar en paz,
estar en paz
¿estar en paz?
es difícil estar en paz
y recordar al mismo tiempo,
pero aquellos que perdieron la ternura
fueron derrotados.

Reparar los hilos con cariño
en algo ayuda
a equilibrar la balanza.

¿Por dónde parto?
Quizá llenando de colores lugares en blanco
Hojas de papel, telas, muros
intentar pintar las nubes
construir un nuevo canto
escribir y leer en voz alta.
Leer en voz alta.
Escribir textos para leer en voz alta.



2023